

AGENDA CIUDADANA

LOS ZAPATISTAS Y LA NACION

Lorenzo Meyer

Un Tema Espinoso.

- "¿Y a qué vinieron a la Ciudad de México?",

- "Pues a decirle a Zedillo cumpla con los acuerdos".

Una y otra vez, con un español difícil y tras un pasamontañas, los representantes de la 1,111 comunidades rebeldes de Chiapas que se trasladaron a la capital del país a plantear directamente sus demandas, respondían lo mismo: venimos de la selva a exigir el cumplimiento de los acuerdos de San Andrés.

Como se sabe, esos acuerdos de San Andrés fueron suscritos en febrero de 1996 entre los representantes del rebelde y pequeño Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y los representantes del gobierno federal. Los acuerdos pretenden elevar a categoría constitucional la autonomía de las comunidades indígenas que aún subsisten en nuestro país. Para lograrlo, se requiere de una reforma constitucional, y el gobierno federal se comprometió a presentar el proyecto de ley correspondiente al congreso. Sin embargo, lo que realmente ocurrió fue una deliberada falta de acción en este campo, y por ello los legisladores miembros de la pluripartidista Comisión de Concordia y Pacificación para Chiapas -tercer actor en la tensa negociación- tomaron para sí la tarea de redactar el proyecto en cuestión bajo el principio de que tanto rebeldes como gobierno quedarían comprometidos con el resultado. Cuando finalmente el proyecto estuvo listo, el gobierno de Ernesto Zedillo lo rechazó y pidió volver sobre el tema, cosa que rechazó el EZLN. El

conflicto en Chiapas entró entonces en un *impase* que la presencia de los zapatistas en la Ciudad de México buscó terminar. ¿Lo lograrán?; en buena medida la respuesta a esa pregunta está en la actitud que asuma el nuevo congreso -el de la transición y la democracia-, los partidos y el resto de los actores del sistema político nacional.

El Costo Humano.- Mientras el desacuerdo persiste, los zapatistas y sus bases sociales continúan metidos en los cerros, viviendo en condiciones de pobreza extrema, mucho peores de las que tradicionalmente tenían que soportar -particularmente duras para niños, viejos y mujeres- y cercadas por un ejército federal que supera cientos de veces al EZLN en capacidad de fuego.

A estas alturas, ya es evidente cual es el proyecto del gobierno federal frente a quienes lo sorprendieron y humillaron rebelándose en enero de 1994: no los atacará directamente, para evitar el sangriento espectáculo que tan mala prensa nacional e internacional le trajo en esos días de 1994, simplemente dejará que el aislamiento en el monte los agote y los diezme. Y mientras ese proceso tiene lugar, el gasto público sirve para proclamar que hay generosidad por parte de un gobierno presto para remediar los males de Chiapas, pero que, en realidad, revive una vieja táctica frente a comunidades y organizaciones rebeldes: dividir las, cooptando a moderados, indecisos y desilusionados, para minar la solidaridad entre las bases y sus dirigencias.

Las Autonomías.- El eje de los acuerdos de San Andrés es el de la autonomía de las comunidades indígenas que aún sobreviven en nuestro país. Y aunque la agenda zapatista tienen mucho puntos

más, y que se refieren precisamente a las viejas carencias de esas comunidades -tierra, empleo, salud, educación, justicia-, por ahora el de la autonomía se mantiene, formalmente, como el punto central de la disputa entre los rebeldes y el gobierno.

México, como algunos otros países contemporáneos, es una nación fincada sobre los restos de naciones anteriores. En efecto, dentro del país actual, no es difícil percibir los restos de un buen número de naciones menores y antiguas. Las principales desaparecieron hace tiempo al ser derrotadas, destruidas o absorbidas por el ente mayor -la actual nación mexicana- a lo largo de varios siglos. Sin embargo, algunas de esas naciones prehispánicas aún sobreviven, aunque debilitadas, marginadas y a la defensiva. Esas que aún persisten, representan un desafío tanto para el gobierno como para el resto de la sociedad mexicana, desafío que debería ser enfrentado, pero no lo es, con generosidad e imaginación. En efecto, hoy las diferentes comunidades indígenas que se han salvado de la destrucción reclaman como un acto de justicia histórica, que se les reconozca su peculiaridad comunitaria y, por tanto, un grado significativo de autonomía dentro de un marco político que todavía, y pese a los avances recientes en sentido contrario, sigue siendo centralista y no enteramente compatible con la democracia.

La Idea de Nación.- Pero ¿qué es en realidad una nación? y ¿que significa en ese contexto la demanda actual de un reconocimiento de autonomía? El término, como otros muchos del vocabulario de la política, no tiene una sola definición universalmente aceptada. La etimología nos refiere a *natus*,

nacer, y a *nationem*, pueblo o raza, lo que ya da una primera pista. En su sentido actual, el término se empezó a emplear a raíz de la Revolución Francesa para definir la base política de un poder soberano. En principio, la nación surgió de la percepción de la existencia de ciertos elementos en común -de un vínculo- dentro de un grupo social, como el idioma, las tradiciones -la cultura como producto histórico-, el territorio y la capacidad política de organizar un sistema de defensa contra el enemigo externo. Claro que cuando las unidades más pequeñas fueron absorbidas por otras mayores en el curso de la construcción del estado-nación moderno en Europa y otras partes -del siglo XV en adelante- la comunidad de lengua y tradición no necesariamente permaneció, pero en esos casos su función cohesionadora fue sustituida por la voluntad colectiva de desarrollar una vida en común con base en la adhesión a normas, valores y objetivos.

Las Naciones Originales.- Cuando lo que hoy es México fue conquistado y sometido por un poderoso estado nacional en construcción -España-, las grandes unidades políticas y culturales existentes perdieron su cohesión -notablemente el caso de los aztecas-, pero no siempre. En realidad, las zonas de la periferia del virreinato de la Nueva España siguieron habitadas por naciones indígenas que por mucho tiempo mantuvieron su lengua, sus autoridades, su religión -adaptaciones de la católica en muchas instancias, pero no en todas-, su modo de vida, su territorio e incluso, en algunos casos, su capacidad de defenderse del enemigo externo: los europeos. Un ejemplo claro de

lo anterior fueron las comunidades nómadas del norte -la apachería-, pero con diferentes grados de éxito, también se dio el fenómeno en regiones más cercanas al centro, que si bien se sometieron a la autoridad del rey primero o de la república independiente después, mantuvieron porciones de su identidad, como los tlaxcaltecas o los viejos cacicazgos oaxaqueños. En algunos casos, el debilitamiento de la autoridad que trajo consigo la independencia, hizo que algunas de estas naciones indígenas aprovecharan la oportunidad y se lanzaran a la reconquista de su independencia, dando por resultado guerras tan terribles como la que enfrentó a una parte de los indios mayas con los mestizos de Yucatán, o a la brutal lucha en el norte de los colonos y el gobierno contra yaquis y mayos. El esfuerzo de los gobiernos de Estados Unidos y México por dominar -exterminar, en realidad- a los indígenas nómadas del norte -apaches, mezcaleros, chiricahuas, comanches, lipanes, kikapus, etcétera- tiene todos los elementos de una lucha sin cuartel entre grandes unidades políticas en expansión y las naciones originales.

En otros casos, dada la correlación de fuerzas, la resistencia de las pequeñas naciones se dio más bien por la vía pacífica, de resistencia callada a la penetración de las formas económicas y culturales de la nación mayoritaria, aunque con estallidos ocasionales de violencia, cuando las circunstancias no hicieron de la resistencia abierta algo irracional. Ese es el caso de comunidades como la rarámuri en el norte, los coras y huicholes en el occidente o tzeltales y tzotziles en el sur, por citar algunos ejemplos.

El Desafío.- El problema nacional, aquí y ahora, en el pasado o en otros países, es extremadamente complicado y afecta a un buen número de intereses creados. Sin embargo, con voluntad y sentido de la historia, se puede resolver o al menos administrar de manera pacífica y constructiva. Inglaterra lo acaba de demostrar, al derrotar en las urnas la resistencia del partido conservador para devolver a Escocia una buena parte de los poderes autonómicos perdidos siglos atrás. En México, la autonomía indígena es un problema menor que el escocés y, desde luego, mucho menor de lo que fue aquí mismo en el pasado. La demanda zapatista no pone en entredicho, ni remotamente, la integridad territorial mexicana y si, en cambio, es una oportunidad de enmendar una injusticia histórica.

Ha corrido ya mucha sangre en México por la insistencia de sojuzgar a las comunidades indígenas. El XIX fue tanto el siglo de la formación de la nacionalidad mexicana como de las luchas sin cuartel entre los representantes de esa nación que apenas nacía y las viejas naciones indígenas que se negaban a morir. Para acabar con la rebelión maya, la élite blanca yucateca no tuvo empacho en recurrir a la venta de prisioneros -hombres, mujeres, viejos y niños- como esclavos para los ingenios azucareros españoles en Cuba, donde compartieron el destino de los negros. En el norte mexicano, los gobiernos de la colonización pagaron por cabellera de indio, sin importar si era de indios pacíficos o bravos o de hombre, mujer o niño. La dictadura de don Porfirio le hizo la guerra a la nación yaquí y luego se la volvieron a hacer los gobiernos de la revolución;

todavía en 1927 el ejército decidió recurrir al bombardeo para acabar con la resistencia yaqui, una que databa del siglo XVI; sólo cuando en 1937 el gobierno del general Cárdenas les devolvió parte de sus tierras, los yaquis dejaron de enfrentarse con el gobierno federal por la vía de las armas.

El Último Capítulo.- La resistencia de las comunidades chiapanecas es sólo el último capítulo de una historia tan larga como cruel de la relación entre el gobierno central -virreinal o nacional- y los intereses económicos que este ha representado y los de las comunidades o naciones indígenas. Es tiempo, y además es posible, cerrar este capítulo de una manera diferente a la del pasado.

El México de hoy, supuestamente comprometido con valores democráticos y de respeto a la pluralidad, no debiera ser indiferente al reclamo de lo poco que queda de las naciones originales. En cualquier caso, la indiferencia de una parte de la sociedad al respecto no es justificación para que el nuevo congreso -símbolo del cambio y la voluntad democráticas- no tome bajo su responsabilidad el llevar adelante el proceso de negociación en Chiapas hasta arribar a una solución, a la vez, justa y pacífica de un problema que el presidente pareciera no querer o poder resolver.

Los temores de secesión y fragmentación del país por las autonomías indígenas quizá fueron tan reales como inevitables en el siglo XIX, pero ya no lo son en vísperas del siglo XXI. Jurídicamente el tema es muy complicado, pero moralmente la sociedad mexicana está obligada a enfrentarlo sin trampas y,

sobre todo, sin esperar a que el tiempo y las terribles condiciones prevalescientes acaben por resolverlo como en el pasado: aniquilando a los indígenas.